

Sor Juana en el centro de las miradas

Claudia Guillén

Se dice que distintos géneros, movimientos o corrientes literarias surgen como reflejo de lo que se manifiesta en el contexto de cada época, tanto en lo que respecta a la parte social como a la parte emocional. Me explico: como ya se sabe, en la historia de la literatura hispanoamericana cada nueva tendencia establece rasgos que normalmente contradicen a la corriente que le antecedió, como una suerte de parricidio contra lo que ha conformado la tradición y que es negado por quienes parecen vivir un presente distinto. En estas tendencias se identifican diferentes géneros y de ellos se derivan algunos subgéneros. En este caso, me gustaría referirme a una forma de ficción que ha causado algo de polémica en nuestra narrativa actual: la novela histórica. En el marco de la tradición mexicana del siglo XX, fueron más bien pocos los autores que acudieron a ella para plasmar sus curiosidades sobre el pasado. De la primera mitad del siglo podemos pensar en Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, Artemio del Valle-Arizpe, por mencionar algunos. Ya entrada la segunda mitad del siglo se encuentran novelas como: *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso, *La corte de los ilusos*, de Rosa Beltrán, y más explícitamente enfocadas en un personaje en particular podemos leer *El seductor de la Patria*, de Enrique Serna, *Zapata*, de Pedro Ángel Palou y *Juárez, el rostro de piedra*, de Eduardo Antonio Parra. Sí, la novela histórica ha tomado otra vez un lugar preponderante dentro de nuestras letras, y quizás esto se deba a que quienes recurren a ella sienten una sana curiosidad por entrar en el mundo de los personajes que han destacado en nuestra vida pública. Es así que la narrativa permite al escritor

integrarse en el pasado de un ser que, por sus virtudes y defectos, se vuelve enigmático para los demás. De esta forma, quien se decide a escribir un relato histórico también se compromete con una tarea ardua de reconstrucción para llegar al conocimiento que, de manera concreta, trasladará a la ficción realista.

A los narradores que en los últimos años han participado en este ejercicio se une ahora la escritora Mónica Lavín, con la novela *Yo, la peor*, editada por Grijalbo, que tiene como eje la vida de sor Juana Inés de la Cruz. En esta primera incursión en el género, Lavín muestra soltura y un excelente manejo del lenguaje, así como un tratamiento bien perfilado de los personajes, lo que demuestra que los años que la autora ha dedicado al oficio han dado un fruto fuerte y sano para nuestras letras.

Con más de una decena de libros, donde ha trabajado el cuento, la literatura juvenil, el ensayo, la cultura gastronómica y la novela, pareciera que Mónica Lavín hizo uso de toda esta experiencia para construir un relato que se antojaba de por sí difícil, ya que constituye un acercamiento a la biografía de quien ha sido un exponente fundamental de nuestras letras en el mundo. Sólo de esta manera podemos explicar el oficio con el que Lavín construyó un cosmos que ilustra el universo donde se desenvolvía la llamada Décima Musa. El tono de *Yo, la peor* proviene del punto de vista femenino, ya sea a través de una virreina, de una sirvienta, de una esclava, de una maestra de pocos recursos económicos, de una monja envidiosa o de una cortesana. Todas estas voces se unen en una perspectiva conjunta que destaca una

visión peculiar para dar pie tanto a las tribulaciones como a los momentos gozosos de las mujeres durante la Colonia. Esta estructura polifónica da paso a las historias que Isabel, Refugio, Virgilia, Cecilia, Bernarda, Juana de San José y algunas más nos narran desde su experiencia. Lavín crea así una serie de subtramas donde se advierte un buen manejo de la tensión, pero también una mirada más que cercana sobre la protagonista. Cada apartado, salvo las cartas de Juana Inés a la entrañable virreina María Luisa, es como una suerte de cuento que nos muestra la vida de estas mujeres que de forma real o ficticia acompañaron a sor Juana, quienes interactúan en el mundo que les tocó vivir: una época que pedía de ellas todo o nada, con la anulación de la mujer como una premisa de vida. Quizás este contraste resalta más cuando nos damos cuenta de que Juana Inés no se sometió a ella, aunque así lo aparentara ante quienes





Mónica Lavín

intentaron ajustarla a la norma, como nos lo comenta la propia autora en el “anexo”.

Las diferencias de personalidad y de casta de estas mujeres nos permiten adentrarnos en espacios íntimos del virreinato, pocas veces expuestos a miradas extrañas: ya sea los juguetes eróticos que se llevaban a cabo entre las paredes de las jerónimas, o bien quienes tenían libertad para ejercitar su sexualidad disfrutaban más allá de las consecuencias. La sutil forma de plantear ese mundo erótico, siempre presente a lo largo de la lectura, es un acierto más de este relato, pues nos convence de que los personajes de Lavín son reales y sienten el mundo a pesar de que no se les permita. Están, pues, representadas las mujeres en toda la gama, quienes no sólo ejercen los pecados del cuerpo, sino que también se atormentan cuando son engañadas porque carnes más jóvenes han llegado a suplirlas en el lecho de su marido.

Otra parte importante para subrayar en esta novela es cómo se plasma en ella la

sociedad de castas de la época, donde la sangre es valor de peso para pertenecer o formar parte tan sólo de un registro de existencia inútil, condenada al trabajo y a la clandestinidad a causa de su origen genético. Los españoles no hacían concesiones en términos sociales, aunque sí podían engendrar hijos que luego negaban por su origen poco noble, por lo que se creaban pequeñas comunidades —como el caso de Hermilo— donde encerraban a los hijos de las señoritas españolas que habían cometido la osadía de meterse con un negro. Ahí los escondían, los desechaban, para ellas salir al mundo airoso, sin importar que el costo fuera la destrucción de su “abusador” o de su propio hijo. Aunque pareciera cruel, el retrato que Lavín lleva a cabo de este tipo de actitudes resulta cabal, diverso, y nos da pie para conocer mucho más a fondo las conductas intolerantes que rigieron a la Colonia desde sus inicios, y que más tarde provocarían el enojo de muchos hasta hacer estallar la guerra de Independencia en nues-

tro país.

Aunque todos los personajes que deambulan por esta novela son complejos y divertidos, llama la atención el de sor Cecilia, una mujer entrada en kilos y en envidias desde el día en que conoce a la preferida de las virreinas. Sor Cecilia también tiene su historia, y es dolorosa y hasta desgarradora. Más allá de su pecado —la gula constante—, ella vio cómo su madre engañaba a su padre. El castigo fue implacable para la monja y para su progenitora, a quien mandan a Belém, un manicomio donde se le castiga por sus arrebatos. Ya adulta, sor Cecilia busca a su madre en este hueco lleno de lujuria y abusos. No logra rescatarla, aunque sí se lleva con ella un gran resentimiento por lo visto y lo vivido. Sor Cecilia nunca podrá ser sor Juana, ni descargar el resentimiento que acumuló durante veinticinco años contra la autora de la “Respuesta a Sor Filotea”, quien ya se encuentra en franca decadencia, en estado de vulnerabilidad, despojada de sus libros, mas nunca de sus pensamientos y su sabiduría.

Yo, la peor es tan rica en personajes, escenarios y atmósferas —que se presentan en tres capítulos donde conocemos a Juana de niña en Panoyapan, de adolescente en la capital, y con las Jerónimas hasta el final de su vida— que, casi sin que aparezca de modo directo la voz de esta ilustre escritora, podemos develar su comportamiento obsesivo, narcisista, pero también su grandeza de alma. Es decir, en esta novela se da cuenta cabal del carácter de quien ha sido un paradigma cultural mexicano, y ello gracias a las actitudes y rasgos que observan en ella las demás mujeres, para dibujarla por medio de palabras.

Como mencionaba líneas arriba, la labor de la autora era muy difícil, pero la ha llevado a buen fin; ¡¡preciera que hasta

Mónica Lavín, *Yo, la peor*, México, Grijalbo, 2009, 391 pp.

Yo, la peor da cuenta cabal del carácter de quien ha sido un paradigma cultural mexicano.